



# Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

## Instantáneas.

(Tomás Bretón.)



Como nadie trabajé;  
con el trabajo triunfé,  
y he llegado á demostrar  
lo que se puede lograr  
con la constancia y la fe.

## SUMARIO

Traído De todo un poco, por Luis Taboada.—¡Vaya un sueñecito!, por Juan Pérez Zúñiga.—La petición, por Eusebio Sierra.—¡Vanitas!..., por Miguel Jiménez Mérida.—La corregidora, por Angel R. Chaves.—Apellidos, por Eduardo Bustillo.—La patria, por Sinésio Delgado.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas (Tomás Bretón), por *Micachis*.—Coquetearias.—Cambio de gobierno (cuatro viñetas).—La corregidora (cuatro viñetas).—España cómica (Guadalajara), por Cilla.



## DE TODO UN POCO

—¡Caramba! ¡Cuánto tiempo sin ver á ustedes por aquí!

—Hemos estado muy ocupadas con motivo de un divieso que tuvo papá.

—Cuando mi esposo tiene la cosa más insignificante, nos perturba á todos.

—¡Pobre señor! ¡Y está ya bueno del todo?

—Del todo, no. Ahora anda con el reuma, y pasa noches horribles. En la cama le duele más, de modo que el pobrecillo se pasa la noche tirado sobre una estera como un perro, aunque sea mala comparación.

—El reuma es una enfermedad muy mala. Cuando yo estuve en casa de Muletón y Compañía, cogí unos dolores agudísimos; porque dormíamos debajo de una escalera todos los dependientes y las paredes manaban agua.

—El reuma de mi esposo no es de la Península, es de Puerto Rico.

—Vamos, sí; es un reuma de allende los mares.

—Y mucho peor que el de aquí. Mire usted, cuando le dan los dolores, se me abalanza como una fiera y tengo que esconderme para que no me maltrate... En fin, pasamos muchos trabajos, pero es el padre de mis hijos y no me atrevo á levantarle la mano.

—Hace usted bien... ¿Y qué desean ustedes hoy?

—¿Tiene usted una lanilla barata?

—¡Ya lo creo! Precisamente nuestra especialidad la constituyen las lanillas... Vean ustedes... ésta es de nueve reales, doble ancho.

—¡Jesús! ¡Qué fea!

—¡Fea! No diga usted eso, por Dios, Catalinita; esto es lo que más se lleva ahora: ojo de golondrina sobre fondo azul. ¿Conoce usted á las de Cacharrete?... Sí, hija, debe usted conocerlas, porque van mucho al paraíso del Real y se ponen á la izquierda conforme se sube... Bueno, pues las de Cacharrete se llevaron de aquí dos vestidos iguales.

—¿Y dice usted que la vara?...

—Á nueve.

—Es carísima.

—Fíjese usted en que tiene doble ancho.

—La de Ajorrubio compró un traje precioso, de lanilla verdehigo, en casa de Cogote, y le costó á siete.

—No puede ser.

—Lo hemos visto nosotras.

—Pues digo que no puede ser, Catalinita. Tiene usted que ver la clase; esta clase es muy rica, y el dibujo de lo más nuevo que hay en Madrid. Este año no se va á llevar otra cosa.

—Vaya, ya vemos que no quiere usted vender.

—Todo lo contrario, y para que vean ustedes mi deseo, les rebajo medio real en vara.

—¿Quiere usted dárnosla á siete?

—Pierdo dinero. ¿Qué más quisiera yo sino poder servirles? pero me es imposible, doña Candelaria.

—Pues no hay nada perdido; iremos á casa de Cogote.

—¡Vaya! Pónganse ustedes en razón.

—Lo dicho.

—Pero...

—Á siete; ni un céntimo más.

—¡Eal! Vengan ustedes aquí. ¡Cuánto mido?

—Usted lo sabrá; mire usted, queremos hacernos un vestido para todos los días, por delante liso y por detrás redondo.

—Sí, ya sé; amazona. ¿Y adorno? ¿Qué adorno le ponen ustedes?

—¿Qué nos aconseja usted?

—Pueden ustedes adornarlo con «surah», que es lo más elegante. Ayer estuvo aquí la señora de Bismuto, el subsecretario nuevo, y trajo uno sencillísimo que le vendí yo; toda la delantera de «surah» y los costadillos sin adorno de ninguna clase.

—¿Qué buen gusto tiene usted, Avelino!

—Es favor que usted me dispensa, Aurorita. Cortaré doce varas, y si hace falta más, me lo avisan ustedes.

—¡Hombre! No mida usted con tanta miseria.

—Dispense usted, doña Candelaria, pero mido bien.

—Eche usted dos deditos más, por si acaso.

—Vaya... no tendrá usted queja.

—¡Ay, qué malo es usted!

—¿Malo yo?

—Sí, muy malo; dígalo, si no, aquella chica rubia que iba con usted el domingo por la tarde.

—Es una amiga.

—¡Sí, sí, buena amiga nos dé Dios!

—¿Cree usted que no los hemos visto entrar en el café del Prado?

—No lo niego; hemos estado tomando una friolerilla.

—¡Bribón!

—Chico en grande de leche merengada, que es una de las cosas que más me gustan.

—Ustedes los hombres siempre están derrochando.

—No hay otro remedio, doña Candelaria.

—Á mi esposo no hay quien le quite el vicio del café; ya se sabe, todos los días, cuarenta céntimos.

—Pues yo, un domingo con otro, no gasto menos de dos ó tres pesetas.

—¡Después querrán ustedes tener economías! ¡Viciosos! Pero nos estamos entreteniendo y aún hemos de hacer dos ó tres visitas. Á ver, eche usted la cuenta, Avelino.

—Doce varas á siete... ochenta y cuatro.

—Bueno, apúntelo usted, y uno de estos días...

—No corre prisa, doña Candelaria.

—Gracias, Avelino.

—Ya saben ustedes que hay confianza y pueden ustedes disponer á su gusto...

—Es usted muy amable. Abur, Avelino.

—Á los pies de ustedes. (¡Que no os llevaran los demonios!)

—Pepe, apunta ahí: «Señora de Gargarillo: 12 varas á 7 reales 84...» ¡El demonio de la vieja!... Pasado mañana, lo más tarde, le llevas la factura. ¿Has oído, Pepe? ¡Y si no paga, le armas un escándalo!...

Luis Taboada.

## ¡VAYA UN SUEÑECITO!

En la tienda de cierto barbero, que hace ya muchos años me afeita, ayer tarde me puse yo en manos de un chico que tiene bastante destreza.

Cuando estaba empezando á afeitarme se turbó su razón, y el muy bestia me dió un tajo, cortóme el pescuezo é igual que una bola rodó mi cabeza.

El maestro, asustado y confuso, recogióla del suelo y sin tregua la mandó con un chico á mi casa liada en papeles sobre una bandeja. Como estaba mi esposa en la calle tomó el lío la incauta doncella, y creyéndolo un queso de bola que había encargado, lo puso en la mesa.

Diez minutos después, otro chico trajo un queso de bola de veras, y también lo dejó la muchacha sobre un velador, sin mirarlo siquiera.

Llego yo, medio muerto, á mi casa. La criada me ve sin cabeza y me dice:—¡Qué horror, señorito! ¡Que así la señora, por Dios, no le vea!

—¿Dónde está mi cabeza? (pregunto).  
 —¡Yo qué sé, donde está! (me contesta).  
 —La ha mandado el barbero hace poco  
 y la has de pegar sobre mí como puedas.  
 Aturdida la pobre muchacha,  
 coge el queso (¡magnífica pieza!)  
 en lugar de coger el paquete  
 que dentro guardará mi lánguida testa,  
 y metiendo en engrudo la mano  
 va y el queso de bola me pega,  
 con lo cual, aunque un poco deforme,  
 mi humilde persona resulta completa.  
 No se había secado el engrudo  
 cuando llama mi esposa á la puerta,  
 y al fijarse en mi rostro, me dice:  
 —¡Tú estás sofocado! ¡Qué rojo te encuentras!  
 Le conté á mi mujer lo ocurrido;  
 y entre tanto á mi niña pequeña  
 le extrañaba el oír los bostezos  
 del otro envoltorio que había en la mesa.  
 Por la noche me acuesto. Al oírme  
 los ratones, de mí se apoderan;  
 mi mujer no se atreve á espantarlos  
 y en pocos minutos sin bola me dejan.  
 Entre tanto, á hurtadillas la gata  
 desenvuelve mi pobre cabeza  
 y se come narices, cabello,  
 quijadas, mejillas, bigote y orejas.  
 Me levanto; al espejo me miro;  
 regar quiero con llanto mis penas...  
 ¡y me trago las lágrimas mías  
 al verme sin ojos por donde verterlas!

.....  
 Tal ha sido mi sueño de anoche,  
 y si de ello al lector le doy cuenta,  
 no es por nada, es que no se me ocurre  
 contar otra cosa, ni mala ni buena.

Juan Pérez Zúñiga.

## La petición.

—¿Conque el padre de Melchor?  
 Tanto gusto, caballero...  
 Sí, le esperaba á usted, pero  
 no tan pronto, no, señor.  
 Melchor siempre nos decía  
 que usted el viaje preparaba;  
 pero el tiempo se pasaba,  
 y como usted no venía...  
 No; desconfiar, no, señor,  
 ¿desconfiar? ni por asomo...  
 Pero ¡caracoles!... ¿cómo  
 se parece á usted Melchor!  
 Es usted su padre, sí,  
 pues por eso me lo explico;  
 pero ¡qué! yo tengo un chico  
 que no se parece á mí.  
 Hay de todo, claro está,  
 ayer hizo sol y hoy llueve;  
 pero el que es buen hijo debe  
 parecerse á su papá.  
 Y Melchor... pero ¿en qué pienso?  
 Ni siquiera le he ofrecido...  
 Nada, que me ha producido  
 un júbilo tan inmenso  
 su visita, que estoy ya  
 ¡qué sé yo! fuera de mí...  
 Vamos, siéntese usted aquí,  
 á mi lado, en el sofá.  
 Pues sí, señor, le esperaba  
 á usted un día á otro día;  
 pero el tiempo transcurría  
 y como usted no llegaba...  
 Melchor decía: paciencia,  
 vendrá, me lo ha asegurado;  
 pero todo padre honrado  
 y que es hombre de experiencia

teme... lo que es de temer:  
 si el novio es joven y es rico,  
 que le dé á su niña un mico,  
 como suele suceder.  
 De sobra sé que Melchor  
 no haría una cosa así;  
 desde que le conocí  
 vi que era un hombre de honor.  
 Entra aquí como en su casa,  
 cual si fuera ya pariente,  
 y se le pone al corriente  
 de todo lo que nos pasa.  
 Y en cuanto vienen apuros,  
 á Melchor, que es nuestro paño  
 de lágrimas... Hace un año  
 me prestó cuarenta duros,  
 y salí de un compromiso;  
 pero esto no es pertinente:  
 vamos al caso presente...  
 no, no hable usted, no es preciso...  
 No hace falta, no señor;  
 ¡y para qué se ha de hablar?  
 Melchor adora á Pilar  
 y Pilar quiere á Melchor.  
 El gallardo y ella hermosa,  
 serán dichosos, no tiene  
 ninguna duda... Usted viene  
 á formalizar la cosa.  
 Pues se resuelve y decide  
 aquí mismo y al momento,  
 que yo le otorgo contento  
 el favor que usted me pide.  
 Me pide usted para el chico...  
 —Si usted me dejara hablar...  
 —La mano de mi Pilar.  
 —No... los cuarenta del pito.

Eusebio Sierra.

## ¡Vanitas!...

Yo tengo la manía  
 de estreñar piecitas en mi pueblo,  
 como otros tienen la de hacer el oso  
 sin gloria, sin honor y sin provecho.  
 Mi pueblo es un villorrio medianillo,  
 que da lástima verlo,

pobre en ilustración, falto de ideas  
 y sin una peseta, por supuesto.  
 Y el templo de Talía es una casa  
 donde venden tomates y pimientos,  
 cuando faltan actores de la legua  
 que degüellen la gracia y el ingenio.  
 Sentada esta premisa, fácilmente  
 comprenderá el lector, pio y discreto,  
 la clase de teatro  
 y la clase de gente que va á verlo.  
 Pastores y gañanes y otros rústicos  
 (mejor dicho, *catetos*),  
 que, en su ignorancia, aplauden mis obrillas  
 y me sacan á escena con estruendo.  
 No debiera yo, pues, ser vanidoso;  
 y, sin embargo de eso,  
 aunque sé que el teatro no es teatro  
 y que el público es lego,  
 cuando veo que gustan mis juguetes  
 como gusta lo bueno,  
 y entre aplausos y vítores y voces  
 de «El autor, el autor» salgo al *proscenio*,  
 la vanidad me llena, y soy dichoso,  
 me brinca el corazón, saltan mis nervios.  
 sonrío con placer, siento en el alma  
*batair de alas y rumor de besos*,  
 y al mismo Echegaray, de estar presente,  
 le llamaría, audaz, «mi compañero».

.....  
 ¡Ah, señores! La dicha en este mundo  
 no es más que el egoísmo satisfecho.

Miguel Jiménez Merida.

## COQUETERÍA.



—Hoy de seguro, con el sombrero nuevo, hasta los guardias de  
 orden público me van á decir barbaridades.

## Cambio de gobierno.



—Por si me llaman para enviarme de gobernador á Guadalupe, quiero presentarme como los chorros del oro. ¡Ya se sabe lo mirado que es para estas cosas Romero Robledo!



—En cuanto veas á don Antonio le llamas «ilustre estadista», que eso le gusta mucho; luego le enseñas la carta de Ceballos, y luego le pides uno de doce.  
—¿Y si dice que no puede ser?  
—Retiras lo de ilustre estadista.



—¿Ves lo que yo te decía? Llevamos dos días corriendo por todo Madrid, y nadie nos da razón de don Tomás Castellano.



—¡Cesantes!  
—¡Qué lástima! Ahora que nos íbamos acostumbrando á no ir á la oficial!



## La Corregidora.

(CUENTO DEL SIGLO PASADO)

### I

Con acierto había procedido la bondadosa majestad del rey (N. S.) D. Carlos IV poniendo la vara del corregimiento de su buena villa de Madrid en las impecables manos del dos veces ilustrísimo Sr. D. Juan Acisclo Becerril y Cabeza de Vaca, señor del Fresno de Torote, ex-fiscal de la Sala de Alcaldes, regidor perpetuo por juro de heredad de la ciudad de Toro y su ruedo, consejero del de Ordenes y secretario honorario de la Contaduría del Noveno y Excusado.

D. Juan Acisclo era no sólo una persona de campanillas, sino que su inflexibilidad nunca desmentida y sus acendrados sentimientos de adhesión, cien veces demostrados, hacia el trono y la fe le diputaban por hombre tan cabal y magistrado tan digno que no había nadie que le conociera el más mínimo defecto.

Y, sin embargo, tenía uno que anublaba las no pocas dichas de que disfrutaba, y de que no podía, por más que tratara de ello, corregirse. Los celos, la picara pasión de los celos, le descomponía y sacaba de quicio de tal manera que á las veces, olvidando su natural entono y su oficial tiesura, caía en puerilidades que á dos dedos estaban de ponerle en ridículo, dando un cuarto al pregonero de lo que no había por qué enterar á nadie, y menos á porquerones, ministriles y golillas que sus órdenes acataban.

Por supuesto, demasiado sabían todos que, mal que pesara á las aprensiones y manías del digno corregidor, su honra, limpia de toda mancha, podía competir en pureza con el armiño, porque, á Dios gracias, la señora corregidora de los únicos pecados de que podía acusarse eran el de contar veinte años muy largos de talle menos que su marido y el de tener, amén de otras perfecciones, unos ojos negros como la mora y capaces de comprometer la santidad del más ayunón y macerado anacoreta.

### II

Eso sí, era una verdadera mártir. Si el día en que las atenciones del concejo impedían á D. Juan Acisclo acompañarla á misa al Buen Suceso ó al sermón de los Basilio, ocurría al padre premostratense que decía la primera prolongar algunos minutos el santo sacrificio, ó al orador encargado del segundo añadir un párrafo más de lo que el corregidor tenía calculado á su homilía, ya podía prepararse D.<sup>a</sup> Purificación Cogolludo, Albudeite y Benavides—que tales eran el nombre y linajados apellidos de la corregidora—á sufrir un interrogatorio más largo y apretado que si se viera acusada ante la Suprema de la más negra de las herejías.

Y tortas y pan pintado era esto si se compara con lo que tenía que padecer cuando su respetable cónyuge sospechaba que se abrió el balcón, que él cuidaba de cerrar con candado, que alzó un momento aquellos ojos, perdición de almas, ó que fijó los suyos en ella el primer almibarado pisaverde ó cualquier arriscado cuarentón.

Pero lo que más molestaba y deprimía á mi señora D.<sup>a</sup> Purificación era la falta de tacto que, cuando de sus celos se trataba, ponía de manifiesto el que en las demás cosas era modelo de discreción y dechado de cordura.

Encontrar convertidos en espías y guardias de vista no sólo á sus propios criados, sino hasta á los esbirros asalariados por el concejo, era vejamen que sólo el natural sufrido y bondadoso de la dama podía aguantar, ya que no del todo paciente, por lo menos resignada.

Es más: si al historiador fuera dado meter el cuevo en el sagra-do de las intenciones, por decir estaría que en más de una ocasión pasó por la mente de la buena señora la idea de tomar cruenta venganza de tanta humillación sufrida y de tanta sospecha á costa de su castidad abrigada.



### III

Y la ocasión era que ni de perlas. Recomendado á su tío el ilustrísimo Sr. D. Juan Acisclo Becerril y Cabeza de Vaca, llegó á la corte cierto mozo de tan gallarda apostura como desenvueltas maneras, que, merced á la rancia hidalguía de su cuna, venía de las montañas de Santander á engalanar su persona con la bandolera azul y plata de la compañía española de reales guardias de corps.

Su deudo con el corregidor no era ciertamente lo bastante próximo que obligara á éste á meterle de hoz y de coz en su casa; pero desatención hubiera sido con él y con parientes más cerca-



nos cerrarle por entero unas puertas para muy pocos, no digo ya abiertas, ni entornadas siquiera.

El hecho es que el neófito guardia tuvo ocasión no sólo de ver á su tía política, sino de dirigirle frases de la más exquisita galan-

tería que poniendo verde de coraje al corregidor, le impulsara á hacer comprender del modo más cortés del mundo á su sobrino, cuánto le estimaría que olvidara las señas de su morada.

El mozo entendió la indirecta; pero como con ella creciera la simpatía que su hasta entonces desconocida pariente le inspiró desde la primer visita, cuidándose mucho de no quebrantar los deseos de su tío, tanto y tanto empeño puso en hacerse visible en los pocos sitios que la corregidora, frecuentaba, que ésta, comprendiendo sin duda de cuánta utilidad había de ser para un inexperto mancebo aventurado por vez primera en los revueltos mares de la corte el consejo de quien, si no mucha, más experiencia que él tenía de las cosas de la vida, dióse á discurrir manera y traza de recibir las visitas del hidalgo montañés sin despertar las suspicaces sospechas de su marido.

De si lo consiguió ó no, nada dice la historia; pero sí hace mérito del siguiente suceso de que, por haber dado no poco que hablar, conservó menuda cuenta en sus páginas.

## IV

Cierta noche, causado el respetable D. Juan Acisclo de que ni alcaldes de corte ni los más expertos oficiales de su justicia bastaran á poner coto á los inconcebibles desmanes que á diario se cometían en las calles de la villa, resolvió hacer por sí mismo una escrupulosa y extraordinaria ronda.

Desde poco después de anochecido—y conste que esto acaecía en el mes de Noviembre—hasta muy pasadas las diez y media, estuvo corriendo callejones y plazuelas sin que, fuera buen olfato de los malhechores, ó cosa dispuesta de antemano por el destino, dejara de encontrar como balsa de aceite los barrios más extrañados y los cuarteles de peor fama.

Rendido, pero satisfecho, determinó entonces recogerse el bueno del corregidor, y el descanso más apacible hubiera alcanzado aquella noche, á no haberle sugerido su empecatada manía una idea que había de dar al traste con todas sus satisfacciones.

El tal pensamiento fué colarse sigilosa é inadvertidamente en su morada, no creyendo encontrar en ella nada anormal y extraño, pero sí contando con que, entregada su hermosísima costilla al reposo, tal vez el más descuidado de los sueños pusiera en sus labios frase alguna que, ó disipara por siempre sus temores ó avivara más y más la hoguera en que se consumía.

Pero ¡oh sorpresa! al atravesar una y otra sala para llegar al lecho nupcial, en las habitaciones de la corregidora no sólo observó más luz de lo que á lo avanzado de la hora convenia sino que, detenido por esta novedad, oyó clara y distinta la voz de su mujer que, aunque lo bastante bajo para no ser entendido, hablaba no con la intermitencia del que dormita ó soliloquea, sino con la rapidez de quien dialoga con alguien en la más sigilosa intimidad.



Lo que pasó por el alma del celoso corregidor no hay para qué decirlo. Basta saber que loco de ira, ciego de indignación, con tal furia quiso llegar á la puerta que ocultaba todas sus desventuras, que, tropezando en uno de los muebles, hubo de producir tal estrépito que fué lo bastante para que, sirviendo de aviso á los de adentro, se apagara la luz repentinamente.

Esto no obstante, recobrada por el corregidor la linterna sorda que se habla reservado y que con el golpe se habla venido al suelo, unos momentos después entraba en actitud trágica en la cámara de su esposa.

## V

Ésta, que al parecer estaba sola, cayó, sin embargo, á los pies de su marido, murmurando con acento conmovido, mientras le cortaba el paso:

—¡Perdón! ¡Perdón!

Pero cuando el respetable D. Juan Acisclo iba á poner la mirada mano en uno de los hombros de la corregidora para apartarla bruscamente y buscar al cómplice de su falata, D.<sup>a</sup> Purificación, que, por ser más perspicaz de oído que su marido, no había dejado de oír cierto significativo ruido, se alzó del suelo y, prorrumpiendo en una estrepitosa carcajada, exclamó con cómica entonación dramática:



—¡Pasa y lava tu honra con la sangre del culpable!

El digno corregidor se desconcertó un poco. Sin embargo, no contentándose con menos que con registrar con la mayor escrupulosidad la estancia, no dejó rincón en ella que no escudriñara con la mirada.

—¡Todo lo comprendo!—murmuró al fin.—Has querido darme una lección y la acepto. Desde hoy, te lo juro, no volveré á dudar de ti, esposa mía.

Y olvidándose en sus pesquisas de abrir un balcón de cuyos hierros no faltó quien viera pendiente cierta bandolera á cuadros azules y plata, tan á ley cumplió su palabra, que lo primero que hizo al siguiente día fué escribir una sentida carta al gallardo pariente de quien tan sin razón habla dudado, autorizándole para que cuando y como quisiera visitara á la hermosísima y casta corregidora.

Angel R. Chaves.

## Apellidos.

Nació á la orilla del Lérez;  
hombre es de mucho talento;  
mas, desde su nacimiento,  
se llama Pérez y Pérez;  
doble apellido vulgar  
de este infeliz Pepe Antonio,  
al que algún burlón demonio  
dió la cuna en preparar,  
para que cuando, entre azares,  
fuese á un sublime destino,  
le cerraran el camino  
los apellidos vulgares.

Yo, lector, en serio te hablo;  
pase un Pérez; pero ¿dos?  
Válgate un Pérez de Dios,  
sirvate un Pérez del diablo;

llámate Pérez Romero,  
Pérez Pamo, Pérez Pomo,  
ó Pérez Zúñiga, como  
mi festivo compañero.

El Pérez trae sombra mala,  
y el López, si saena sólo;  
un insignie hijo de Apolo  
fué López, pero de Ayala.

Otro López pinta majos  
de fin de siglo que asombran;  
mas López Silva le nombran  
odos en los Barrios bajos.

Tachó Bretón á un alférez  
de charlatán furibando,  
por llamarse don Facundo  
Valentín Pérez y Pérez.

Un simple Sánchez provoca  
á lástima desde luego;  
mas llámese Sánchez Riego,  
Sánchez Bregua ó Sánchez Toca,

y algo ha de ser importante;  
que el apellido vulgar  
con otro se ha de enganchar  
por detrás ó por delante

para que tire hacia arriba;  
porque un Gómez, así, á solas,  
entre fumos españolas  
no es posible que se inscriba;

si un Gómez nos gobierna  
ó ha de ser famoso aquí,  
se ha de llamar cosa así  
como Gómez de Lasserana.

Y el pobre Pérez y Pérez,  
que junto al Lérez nació,  
siempre en seco vegetó  
á la orillita del Lérez.

De talento es un portento,  
y es fino, arrogante y noble;  
pero, con su Pérez doble,  
¿de qué le sirve el talento?

Eduardo Bustillo.



Dame un beso... cuatro... diez...  
catorce... veinte... cuarenta...  
¡Ves! ¡Ya he perdido la cuenta!  
¡Empecemos otra vez!

FELIPE A. DE LA CÁMARA.

Tenemos un ministro de Marina flamante que es una verdadera alhaja.  
¿Qué no? ¡Allá va la prueba!  
«Dedicó á su vez un sentido recuerdo á los tripulantes del *Reina Regente*, manifestando que no omitiría esfuerzo ni medio alguno hasta adquirir el convencimiento de la suerte que ha cabido á tan hermoso buque.»  
Esto demuestra palpablemente que el señor ministro, al pronunciar tan elocuentes palabras, no sabía jota del barco, ni de su paradero, ni de las circunstancias en que podría haber ocurrido la catástrofe. Sin embargo, siguió diciendo con mucha frescura:  
«Si el siniestro se confirma, cabrá siempre á los tripulantes la honra de haber muerto, no por impericia, sino por un accidente fortuito, cumpliendo con su deber.»

Peró, venga usted acá, hombre de Dios, si usted ignora lo que ha sido del *Reina Regente*, ni dónde está, ni cómo ha naufragado, ni si ha naufragado siquiera, ¿cómo sabe usted que no ha sido por impericia, sino por un accidente fortuito?

¡Tiene usted más penetración que nadie!  
Y sin dada por eso le han hecho á usted ministro.

Muerto quedó el torero entre la arena,  
y aún dicen que la tarde ha sido buena!

Dicen que los besos manchan,  
y como soy muy curioso  
quiero que me des alguno,  
para ver cómo me pongó.

AGUSTÍN PAJARÓN.

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

*El de marra.*—Gracioso, pero de muy dudoso gusto es el cuento. Sin contar con que no es nuevo, me parece.

*Calabacín.*—Esta vez no puedo utilizar ninguna. Algunas de ellas, aunque un poco variadas, me las había usted enviado en otra ocasión. Tenga usted cuidado, porque corremos el peligro de publicar una cosa dos veces.

*Dacriocistitis.*—El verso «La poetisa Lola Estrada» es largo, y por lo menos duro. Porque se dice po-e-ti-sa, y no pue-ti-sa, que es como habría que pronunciar. No hay en las restantes menudencias más defectos de forma. En el fondo todas adolecen de vulgaridad.

*Un aspirante.*—Es imposible detallar los defectos. Porque el romance es muy mediano por donde quiera que se le mire.

*Tiros.*—Los versos dedicados á las vecinas que molestan cantando se llevaron mucho hace tiempo. Ahora ya no se estilan.

*Facia.*—Se publicó todo lo aprovechable. En la remesa de hoy no puedo meter la tija.

*Gado Moro.*—Es fuertecito y... no tiene la suficiente gracia para disminuir el picante.

Sr. D. V. A.—Si usted supiera que el público no quiere entenasas de lo que está destinado á ella exclusivamente...

*Huevos fritos.*—Sencilla y candorosa como una niña que todavía no ha ido al colegio.

*Chulaperías.*—Hubiera querido complacerle, pero no tiene nada de particular ninguna.

Sr. D. A. C. S.—Es gracioso, pero carece de novedad porque es una parodia del de la bofetada al juez que sabe todo el mundo.

*Papito Sensible.*—El caso es que poniendo en versos medianos una conversación sosca y deslavazada, se adelanta poco en la florida senda del Parnaso.

*Silvestre.*—Eso de las primicias es un poco fuerte, y si quita usted las primicias, ¡adiós composición!

*¡Caió!*—Triste, muy triste, ¡demasiado triste!

Sr. D. J. B.—Aparte la inocencia del asunto, fijese en que las palabras *ustedes y mujeres...* no son consonantes.

*El caballero de la Triste figura.*—¡Filosófico estáis, amigo!

Sr. D. R. V.—No versifica usted del todo mal; pero, á juzgar por los tres botones de muestra, no tiene usted condiciones de autor festivo. Ese humorismo, si lo hay, está pasado de moda.

*Un reincluyente.*—El fondo, los detalles, la forma, todo es serio. Y algo hay que conceder al *humour*.

*Freg.*—El cuento, sobre ser excesivamente largo, peca de atrevido en su esencia y de incorrecto en la forma. El epigrama no vale la pena tampoco.

*Mollate y Felicas.*—Voy á copiar una seguidilla de las tres:

«A las horas de rezo  
vas muy callando;  
las horas de tu agrado  
se van pasando...  
se van cual humo  
de mi cigarro puro,  
cuando lo fumo...»

Pónganse ustedes á trabajar de nuevo, y ¡á que no hacen ustedes otra con tantas asonancias!

Sr. D. D. P.—Si queda un huequecillo, puede que se publique uno de los dos. No lo puedo jurar, sin embargo.

Sr. D. A. D.—Aunque no tuviera otros defectos, qué ¡ay! si los tiene, el de los ciento treinta y tantos versos endecasílabos no sería flojo. Porque ¿quién se los lee de una sentada?

*F. Mérida.*—No romancea usted mal  
(y no porque yo lo diga),  
pero tiene poca miga  
el asunto principal.

*Z. Osolo.*—¿Sabe usted lo que creo? Que todo eso del clavel, y el ojal, y la reina doña María, es una guasa lastimosa.

*Otro cualquiera.*—Es un poquito endable el romance.

Nota.—Pues... yo lo siento mucho, pero quedan otras cincuenta cartas sin contestación. Como ustedes comprenderán, no es cosa de que esta sección se haga eterna. Perdonen los guasones... y los otros; por hoy no sigue adelante la broma. ¡Ah! Nada de lo restante entra en turno.

CHOCOLATES Y CAFÉS  
DE LA  
**COMPAÑÍA COLONIAL**  
TAPIOCA TÉS  
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES  
DEPOSITO GENERAL  
CALLE MAYOR, 18 Y 20  
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS  
COGNACS SUPERFINOS



## MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.  
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Fenizular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPAÑO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambay, calle Rivadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID, 1205.—IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ  
Liberías, 10 duplicado.—Teléfono núm. 934.